



LOS SOCIALISTAS ARGENTINOS Y LA VANGUARDIA EN 1943: DEL ANTIFASCISMO AL ANTIPERONISMO

THE ARGENTINE SOCIALISTS AND LA VANGUARDIA
IN 1943: FROM THE ANTIFASCISM TO THE ANTIPERONISM

Claudio Panella
permarieze@hotmail.com
<http://orcid.org//0000-0001-9475-8661>

Centro de Estudios en Historia | Comunicación |
Periodismo | Medios (CEHICOPEME)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

RESUMEN

En el presente trabajo se estudia el posicionamiento político del periódico *La Vanguardia*, órgano de prensa oficial del Partido Socialista, durante 1943. Se analiza su comportamiento antes y después del Golpe de Estado de junio de ese año, a partir de su visión del gobierno conservador presidido por Ramón Castillo, primero, y del gobierno militar encabezado por el general Pedro Ramírez, después. Por extensión, resulta una aproximación al comportamiento del socialismo argentino frente a esas administraciones y a los comienzos de la vida política de Juan Domingo Perón.

PALABRAS CLAVE

La Vanguardia, editoriales, socialismo, peronismo,

ABSTRACT

In this paper is analyzed the political positioning of the newspaper *La Vanguardia*, official organ of the Socialist Party, during 1943. Its behavior is analyzed before and after the Coup D'etat of June of that year, from its vision of the conservative government presided by Ramón Castillo, first, and of the military government headed by General Pedro Ramírez, later. By extension, it is an approximation to the behavior of Argentine socialism in front of these administrations and the beginnings of the political life of Juan Domingo Perón.

KEYWORDS

La Vanguardia, editorials, Socialism, Peronism

RECIBIDO
01 | 07 | 2016
ACEPTADO
10 | 09 | 2016

LOS SOCIALISTAS ARGENTINOS Y LA VANGUARDIA EN 1943: DEL ANTIFASCISMO AL ANTIPERONISMO

Por Claudio Panella

El 7 de abril de 1894 apareció en Buenos Aires el primer número de *La Vanguardia*,¹ publicación fundada por Juan B. Justo (Reinoso, 1985; Rocca, 1994; Solari, 1974). Voce-
ra de ideales socialistas, dos años después de su aparición se convirtió en el órgano
oficial del recientemente creado Partido Socialista. Sus directores, en su primer medio
siglo de vida, fueron los principales dirigentes partidarios. De frecuencia semanal, a
partir del 1 de septiembre de 1905 apareció cotidianamente y con una total de cuatro
páginas. *La Vanguardia* se entendía a sí misma como «Luz y guía del proletariado ar-
gentino», «voz esclarecedora de la conciencia obrera», «cátedra cotidiana de cultura
política», por lo que dedicaba sus mayores esfuerzos a ilustrar a los trabajadores acer-
ca de temas políticos, económicos, sociales y culturales. Tuvo activo protagonismo en
las cuestiones debatidas en el país, como la defensa del laicismo escolar, la reforma
universitaria, el fomento del cooperativismo, la legislación obrera y la elevación del
nivel de vida de los trabajadores. Paralelamente, se convirtió en un elemento indis-
pensable para la formación de los militantes del Partido Socialista en la medida en la
que expresaba las ideas, las acciones y las propuestas de este respecto de la política
nacional e internacional.

Desde sus inicios, *La Vanguardia* estuvo empeñada en una severa crítica al régimen conservador y en el planteamiento de una nueva organización social. En tiempos del régimen conservador, su prédica antioligárquica y proobrera le significó la clausura en varias oportunidades, aunque durante los gobiernos radicales se editó con absoluta normalidad pese a las duras críticas que le profirió a Hipólito Yrigoyen, a quien calificaba de «demagogo» y de continuador de las prácticas nefastas de la «política criolla» comenzada por los conservadores. Esto, sin embargo, no llevó a *La Vanguardia* a apoyar la ruptura institucional de 1930 encabezada por el general José F. Uriburu.

En la década siguiente el periódico combatió con énfasis el fraude electoral instrumentado por los gobiernos conservadores, aunque no alcanzó a percibir las transformaciones socioeconómicas del período, en especial las que afectaron al movimiento obrero. En el campo internacional adoptó una firme postura antifascista que se tradujo en un militante apoyo a la República Española durante la guerra civil que ensangrentó a esa nación, actitud que continuó a favor de los aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

En 1943 *La Vanguardia* era una publicación diaria de seis páginas –a veces ocho– que brindaba información sobre política nacional e internacional, espectáculos, cultura y deportes. Además, se detallaban las distintas actividades del Partido Socialista (actos, congresos, iniciativas legislativas, campañas electorales) y de los gremios que se identificaban con el mismo y se publicaban artículos doctrinarios de sus principales dirigentes; entre ellos, Alicia Moreau de Justo, Enrique Dickman, Nicolás Repetto, Juan A. Solari, Alfredo Palacios y Mario Bravo. Su director era Américo Ghioldi, un destacado referente partidario, por entonces, diputado nacional.² *La Vanguardia* se mantenía, fundamentalmente, con lo recaudado en concepto de suscripciones, de anuncios de profesionales (médicos, abogados, contadores, profesores) y de comerciantes, y con avisos de algunas entidades bancarias, empresas y casas comerciales.

EL RÉGIMEN CONSERVADOR

EL GOBIERNO DE CASTILLO, ENTRE EL FRAUDE Y LA CORRUPCIÓN

El fraude electoral, institucionalizado desde comienzos de la década de 1930 por parte de la Concordancia, era uno de los tópicos denunciados con más fuerza por los socialistas. La persistencia de este sistema sostenido por el gobierno del presidente

Ramón Castillo, que revertía los avances que en sentido contrario había propugnado su antecesor, Roberto Ortiz, no solo lesionaba el ejercicio de los derechos políticos de los electores sino que, además, se prestaba a prácticas violentas. Según *La Vanguardia*, «la libertad del sufragio se ha convertido en un mito, y bandas de maleantes, al son de vítores a los mandatarios, asaltan y vejan a los ciudadanos opositores impidiéndoles el acceso al comicio» (LV, 30/3/1943). El fraude atentaba, por cierto, contra la legitimidad de las autoridades y habilitaba no pocos actos de corrupción en el ejercicio de la función pública. El periódico no dejaba de poner en evidencia la naturaleza para nada transparente de los funcionarios y del manejo que estos hacían de las agencias estatales a su cargo: manejos agiotistas, dispendio de la burocracia, incumplimiento de la legislación obrera, negociados varios en concesiones de aguas corrientes o de transportes urbanos. Por caso, denunció más de una vez, en el transcurso de los primeros meses de 1943 –ya lo había hecho en innumerables oportunidades en los años anteriores–, los manejos de las tarifas de la célebre Corporación de Transportes de la ciudad de Buenos Aires, cuya relación era siempre inversa a la calidad de los servicios prestados (LV, 19/3/1943).

Otro de los blancos de reiterada crítica de *La Vanguardia*, debido a que afectaba las libertades públicas, era la permanencia del Estado de sitio, vigente desde diciembre de 1941, cuyos objetivos, según el periódico, apuntaban a «suprimir las manifestaciones de disidencia activa», a facilitar «el gran fraude electoral que consagrará la fórmula del presidente» y a ocultar que el pueblo argentino era «profunda y ardientemente democrático» (LV, 30/5/1943). Esto demostraba el verdadero carácter autoritario del gobierno de Castillo, alejado por sus acciones y por sus prácticas de la mayoría del pueblo, lo que se acentuó luego de la elección por parte del Presidente del empresario azucarero salteño Robustiano Patrón Costas como candidato oficial a la primera magistratura del país. El diario fustigaba a Castillo por haber tomado dicha decisión en solitario, sin consultar la opinión del resto del Partido Demócrata Nacional, lo que había producido la reacción del conservadorismo bonaerense encabezado por su gobernador, Rodolfo Moreno. El unicato ejercido por el Presidente «ha suprimido la vergüenza, la dignidad y el decoro en la política», lo que conllevaba a que se produzcan males más graves de orden «moral» (LV, 30/3/1943). Pero más aún que ello, lo que preocupaba al periódico eran las posibles medidas que pudiera tomar Patrón Costas en el ejercicio de su presidencia, atento a sus antecedentes de político representante de la oligarquía.

¿Qué ha hecho y qué hace, como ciudadano culto e influyente y como legislador, el señor Patrón Costas para terminar con la miseria física y moral del pueblo salteño? La respuesta terminante e indiscutible es: cero. Pero lo que es peor, el candidato oficial, que no se conmueve ni como ciudadano ni como legislador ante la espantosa miseria del pueblo salteño, tampoco se conmueve como patriota (LV, 31/5/1943).

En este clima de profunda crisis moral imperante en el país, donde el «fracaso» del Presidente como gobernante de una república «libre y constitucional» (LV, 11/4/1943) era evidente en todos los aspectos, *La Vanguardia* lanzó una campaña de esclarecimiento público con el fin de sumar lectores y, consecuentemente, de amplificar el mensaje partidario, para continuar con su tarea pedagógica y llegar a una cantidad cada vez mayor de lectores. La misma se titulaba «*Campaña por el socialismo y la decencia política*», y venía a ratificar la superioridad moral en la que el socialismo se situaba a sí mismo en el panorama político nacional (LV, 15/5/1943).

ANTIFASCISMO MILITANTE

El discurso antifascista fue central en la prédica socialista, más intensamente a partir de la segunda mitad de la década de 1930. Su uso permitió cohesionar la base partidaria de afiliados y de seguidores, motorizó propuestas de coaliciones electorales amplias y llegó a influir en sectores extrapartidarios o independientes (Bisso, 2005b). Además, desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial la prédica antifascista del socialismo ligó estrechamente la política interna con la internacional y abogó por la identificación del país con el bando aliado, de allí la crítica a la neutralidad que mantenía el gobierno conservador. Efectivamente, en la hora en la que la humanidad estaba «polarizada en una lucha decisiva» entre las naciones que defendían «el principio de la libertad y de la democracia» y las que por la fuerza de la dominación querían imponer «una ideología bárbara», *La Vanguardia* lamentaba que la Argentina se constituyera en una excepción en el concierto de las naciones americanas, en un lugar de soledad. Y la situación era aun más grave, pues desconocía el gobierno que «la inmensa mayoría del pueblo simpatiza con la causa de las naciones aliadas» (LV, 3/2/1943). No extrañó, entonces, la aprobación del periódico a la decisión de Chile de romper relaciones diplomáticas con los países del Eje, actitud que ponía más en evidencia el aislamiento

argentino. Su presidente, Juan A. Ríos, era felicitado por la medida rupturista, que lo enaltecía, según el diario, «por su energía y por los sentimientos de solidaridad que encierra» (LV, 22/1/1943).

Ahora bien, ¿a quién responsabilizaba *La Vanguardia* por esta postura intransigente del gobierno de Castillo? Pues no a otro que al nacionalismo, ideología «embrutecedora del espíritu humano» en la medida en la que exaltaba «la opresión y la tiranía». La misma se hacía notar en opiniones de prensa, en manifestaciones callejeras, en declaraciones públicas de personas de ese pensamiento –inclusive en funcionarios públicos–, que encerraban, entre otras apreciaciones, «palabras de odio contra Inglaterra y los políticos democráticos», algo que el periódico veía con malos ojos en plena guerra. Por ello, no se ahorraba de interpelar a las autoridades al decir que «las actividades del nacionalismo son las actividades oficiales y públicas del totalitarismo». Y se preguntaba: «¿Querrá entenderlo alguna buena vez el gobierno de la Nación?» (LV, 5/5/1943).³

LA NECESIDAD DE UNA UNIÓN DEMOCRÁTICA

Con la mira puesta en las elecciones presidenciales de septiembre de 1943, el Partido Socialista, en su 34^o Congreso celebrado en octubre de 1942, lanzó su propuesta de unidad política con otras fuerzas democráticas a fin de hacer frente al candidato del gobierno. En dicha reunión se resolvió establecer contactos y entendimientos a fin de crear «un poderoso movimiento de opinión capaz de encauzar todas las energías cívicas de la República hacia la normalización institucional» (García Sebastiani, 2005: 41). Desde las páginas de *La Vanguardia* se insistió durante los primeros meses de 1943 en la imperiosa necesidad de lograr esta unión, que venía a representar «el anhelo unánime del pueblo argentino para actuar en una línea común», pues radicales, socialistas, demócrata progresistas y ciudadanos independientes estaban deseosos de unir «su corazón y su voluntad para que se cierre la era de la defraudación política, de la defraudación moral, de la defraudación material y de la defraudación histórica» (LV, 15/1/1943). La premura se justificaba debido a que el sentimiento unionista de la mayoría del pueblo era, en su concepto, «sólido», «fuerte» y se manifestaba con generosidad y con amplitud. La propuesta socialista de unidad partía de ciertas premisas como que la fórmula presidencial no debía ser integrada por un solo partido –sí extrapartidaria o mixta–, y que debía poseer un espíritu claramente antifascista, con la meta final puesta en la «unión de los argentinos» a partir de recuperar la democracia y la libertad (LV, 18/4/1943).

Sin embargo, la empresa se mostraba más difícil de concretar que de exponerla en las tribunas públicas y en los medios de prensa pues, además de la lógica oposición del gobierno, existía la reticencia de un sector del radicalismo (Persello, 2004). Y era sabido que sin el concurso de este partido, que era el mayoritario, la unidad se presentaba inviable. De allí que *La Vanguardia* siguiera con detenimiento los pasos dados por los radicales. Cuando la Convención reunida en enero de 1943 resolvió «concurrir solidariamente» a la próxima campaña presidencial, designando una comisión para que realizara los contactos políticos pertinentes, el periódico entendió que definitivamente la idea unionista «esta(ba) en marcha». Y, además de congratularse de que la misma se inspiraba en la propuesta socialista, abrigaba la esperanza de que las partes actuaran en pos de un interés superior, como era el de servir al país (LV, 23/1/1943).

La ansiedad socialista se reflejaba en las páginas del diario, que lamentaban la lentitud del proceso, cuyas idas y vueltas adjudicaba a diferencias existentes dentro de partido fundado por Leandro Alem. No solo criticaba a los sectores que allí se oponían a la unión sino, también, a los que, estando a favor, planteaban que la misma debía circunscribirse a partidos políticos con exclusión de organizaciones obreras y estudiantiles –como querían los socialistas– y que la fórmula presidencial debía estar integrada solamente por radicales. Para *La Vanguardia*, si esto no abortaba definitivamente la concreción de la unión, por lo pronto la había «aplastado» (LV, 26/3/1943). Para la viabilidad de la unión, entonces, debía el radicalismo cambiar esta postura, hecho que *La Vanguardia* confiaba que sucediese en la nueva reunión de la Convención Nacional prevista para comienzos de mayo.

Nosotros esperamos que la resolución que tome el organismo de la Unión Cívica Radical satisfaga aquella manifestación originada en tan elevados propósitos comunes y que su decisión se ajuste a la mejor y más amplia interpretación de esos propósitos, sin limitaciones y sin dilaciones (LV, 27/4/1943).

El radicalismo decidió adoptar una fórmula mixta pero reservándose el primer término, resolución que fue aceptada a regañadientes por los socialistas, que observaron rápidamente que ello abría una nueva controversia, esta vez con los demócrata progresistas, por ocupar el segundo término del binomio (LV, 5/5/1943). En efecto, para *La Vanguardia* los socialistas debían ocupar por derecho propio ese lugar, atento a que habían sido ellos quienes habían lanzado la idea de unidad, la habían propagado

y la habían ofrecido generosamente a la ciudadanía. Además, destacaba que el partido poseía una respetable fuerza parlamentaria en el Congreso, concejales en numerosos municipios del país, centros juveniles y culturales, una activa participación gremial y una fuerte presencia en el movimiento cooperativo. Pero, y sobre todo, porque el partido aportaba su «fuerza moral», que «en esta hora de crisis de la decencia resalta como una potencia de valor inigualable». Por ello, no podía admitir que se lo excluya «ni se lo envíe al lazareto, ni que se lo menosprecie» (LV, 5/5/1943). Es que además de lidiar con las aspiraciones de los demoprogresistas, los socialistas debían contestar a la insidia de los comunistas, quienes ponían palos en la rueda de la unidad y llevaban a cabo una campaña a través del diario *La Hora*, su órgano de prensa, en contra de la participación de los socialistas en la futura fórmula presidencial. Según *La Vanguardia*, el comunismo era una fuerza política minúscula y antidemocrática que le hacía «mucho mal» a las clases populares: «Maestros del confusionismo y de la puñalada traperera, imputan a los demás sus culpas congénitas» (LV, 21/5/1943). Los acusaba de servir a «la maniobra destinada a desplazar al Partido Socialista de una posición a todas luces indiscutible», haciéndoles el juego a los enemigos de la unidad. En esta etapa de construcción –¿empantanamiento?– estaba la Unión Democrática cuando ocurrió la ruptura institucional de mediados de año.

EL GOLPE DE ESTADO Y LOS PRIMEROS PASOS DEL GOBIERNO MILITAR

El Golpe de Estado del 4 de junio de 1943 produjo una serie de equívocos iniciales, que comenzaron por la designación del propio presidente de la Nación, el general Arturo Rawson (que duró menos de 48 horas en el cargo), quien fue reemplazado por el general Pedro Ramírez. Si se suma a ello la proclama revolucionaria, que hacía referencia a «la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción» del régimen depuesto, a la necesidad de una «leal unión y colaboración americana», y a las primeras declaraciones públicas de Ramírez, tal vez pueda entenderse por qué cada sector de la vida política nacional interpretó el cambio de gobierno a su modo, lo que puede hacerse extensivo a las representaciones diplomáticas extranjeras.⁴

Como era de esperar, *La Vanguardia* le dedicó al Golpe propiamente dicho una amplia cobertura y tituló en su primera plana: «Castillo fue derrocado por las Fuerzas Armadas. Una Junta Militar ha asumido el gobierno de la República». Informó detalladamente

sobre los sucesos de la jornada y publicó completo el manifiesto de las autoridades así como también la adhesión al movimiento del gobierno cordobés encabezado por Santiago del Castillo.

En su editorial, fijaba posición frente a la nueva realidad:

Y ayer cayó indefendido un gobierno indefendible [...]. Sólo se propuso perpetuar el método del fraude para consolidar al Partido Demócrata Nacional [...]. Su gestión administrativa se desarrolló en el fango de la arbitrariedad, el privilegio, la coima y el peculado. Toleró ministros y funcionarios ladrones, y firmó, displicentemente, medidas que importaban negocios [...]. La caída de este gobierno no será lamentada. Nadie lo defendió. Nadie lamentará su triste fin (LV, 5/6/1943).

Este juicio lapidario del gobierno depuesto, y por extensión del régimen conservador que administró el país durante la década anterior, fue acompañado de una posición expectante frente a las nuevas autoridades, en la esperanza de que las Fuerzas Armadas permitiesen una rápida vuelta a la institucionalidad democrática. Al comentar la declaración efectuada por el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista, *La Vanguardia* encontraba «signos auspiciosos» emanados de las primeras manifestaciones del gobierno militar. Para el periódico, este gobierno debía tomarse su tiempo para «remover la máquina antirepublicana del fraude, del unicato y de la coacción social y política», pensar en un cambio fundamental de la política internacional, rectificar medidas que afectaban el consumo popular y de moralidad administrativa pero, sobre todo, «poner al país otra vez en los carriles de la Constitución y de la democracia» (LV, 8/6/1943).

El primer paso consistía, entonces, en cumplir «el programa de limpieza, depuración y orden primario de que tan necesitados estábamos», para luego lograr la recuperación de la institucionalidad a partir de que el gobierno tuviera en cuenta la opinión de los partidos políticos democráticos. En otros términos,

[...] la tarea civil que a todos nos compete reclama la cooperación de la civilidad, y en primer término, la de la parte de la misma canalizada por los partidos políticos. Además, pensamos, que esta hora es acaso la más propicia de cuantas se han presentado en los últimos años para encarar seriamente la conciliación argentina en la constitución y en la ley (LV, 17/6/1943).

Las nefastas consecuencias de prácticas fraudulentas y de corrupción en el ejercicio de los gobiernos conservadores eran tan evidentes y negativas que parecía que solo la intervención de las Fuerzas Armadas podía terminar con tal situación, lo que probablemente explique el posicionamiento inicial de dirigentes y de militantes socialistas. La Federación Socialista Bonaerense, por caso, dio a conocer un manifiesto en el que fustigaba el fraude ejercido por los conservadores con el fin de «perpetuarse en el usufructo del gobierno», con lo cual «el enriquecimiento indebido, la coima, el juego, el vicio, la corrupción tenían su más cruda expresión en las esferas del gobierno de-puesto». Era necesaria, entonces, una tarea de moralización de prácticas electorales y de funcionamiento administrativo, tarea para la que los socialistas de la provincia de Buenos Aires estaban dispuestos a prestar su apoyo a la Intervención Nacional (LV, 29/6/1943).

En idéntico sentido fueron las manifestaciones públicas expresadas por Acción Argentina, una entidad civil liberal y antifascista con fuerte presencia de socialistas en sus filas.⁵ Para la misma, la ausencia de resistencia al Golpe era «una prueba irrefutable» de que el gobierno de Castillo «no era intérprete de la ciudadanía ni representaba la voluntad del pueblo argentino», además de que había aislado «bochornosamente» al país del conjunto de las naciones americanas en su «lucha heroica por la libertad del mundo». Expresaba Acción Argentina sus anhelos de que los jefes militares dieran cumplimiento a la proclama revolucionaria, pues llevar a la práctica dicho programa «constituiría una patriótica empresa que el pueblo apreciará en su verdadero significado cívico» (LV, 7/6/1943).

A partir de lo dicho, algunas acciones puntuales adoptadas por el gobierno fueron bien vistas por *La Vanguardia*, como la campaña de abaratamiento del costo de los productos de primera necesidad, entendida como auspiciosa, o la rebaja de los alquileres.

En este último caso, estimaba positiva la disminución pues beneficiaba a numerosas familias que habían sufrido en los últimos años el aumento de los precios de locación de las viviendas. A favor del decreto respectivo, argumentaba que el de propiedad no era un derecho absoluto sino reglamentario, por lo que enmarcaba la medida en lo que podría llamarse política de devolución, atento a que ya era hora de que «las clases poseyentes, para conservar, devuelvan» (LV, 4/7/1943).

Sin embargo, en la medida en la que el gobierno adquiría un carácter cada vez más autoritario con la intervención de las universidades, la censura de prensa y un acentuado clericalismo que a fin de 1943 culminó con el establecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas estatales y, posteriormente, con la disolución de los partidos políticos, *La Vanguardia* se fue convirtiendo en un consecuente contradictor de aquel. Es que el avance gubernativo sobre las libertades públicas no podía dejar de ser criticado por el periódico socialista, que durante su larga vida las había defendido con ahínco. Sus editoriales, que en un principio apuntaron a dar a conocer la tarea que debía asignarse el gobierno y a llamar la atención de la ciudadanía sobre los problemas que se tenían que encarar, tanto en el plano interno como en el internacional, se dirigieron a advertir, cada vez con más énfasis, acerca del carácter fascista que a su juicio iba adquiriendo la administración militar.

Uno de los puntos denunciados fue el clericalismo que se verificaba en medidas adoptadas en materia educativa, tanto en el ámbito universitario como en el escolar. A partir de la defensa del laicismo, advertía que sería un «error gravísimo» volver a los tiempos de la intolerancia religiosa –que ubicaba previos a la presidencia de Bartolomé Mitre– pues la libertad de creencias y de cultos «era la imposta en la fachada del edificio institucional argentino» y un factor de indudable progreso cívico y democrático (LV, 29/7/1943). Deploraba, asimismo, que instituciones católicas hubiesen obtenido del gobierno militar beneficios varios «que la ley no solo no acuerda sino que expresamente prohíbe», a lo que se sumaba que los interventores designados al frente de universidades y de institutos terciarios tuviesen una conocida trayectoria confesional y nacionalista (LV, 17/11/1943).⁶

Especial atención dedicó *La Vanguardia* a la designación de uno de ellos, Jordán Bruno Genta, como interventor de la Universidad Nacional del Litoral y a la resistencia que tuvo su corta gestión por parte de comunidad universitaria, a tal punto que por las críticas proferidas –entre ellas, la de calificar de fascista al rector–, fue clausurada por varios días. Pese a ello, no cejó en el cuestionamiento a Genta, de quien solicitó

su renuncia pues su desempeño no hacía sino «crear graves dificultades al gobierno al que pretende servir» (LV, 21/9/1943).⁷ Asimismo, lamentó el periódico la renuncia de Alfredo Palacios a la presidencia de la Universidad Nacional de La Plata por negarse a dejar cesantes a varios profesores que habían adherido a una solicitada aparecida en los diarios en la que reclamaban el retorno al ejercicio de la Constitución. Se ponderaba la actitud del renunciante como defensor de la autonomía universitaria «no por apego formulista a un mito cómodo sino por convicción profunda arrancada de la historia educativa» (LV, 21/10/1943).⁸

El cercenamiento de la libertad de prensa de que las autoridades, tanto nacionales como provinciales, eran responsables, fue permanentemente puesto de manifiesto por *La Vanguardia*. Por caso, ante declaraciones del interventor de Tucumán, Alberto Baldrich, de que «la prensa no debe actuar en función del orden privado debido a su poderosa gravitación al incidir en forma tan directa sobre la vida nacional», el periódico veía en dicho concepto la «doctrina del periodismo sometido al Estado». Y, a continuación, comparaba esa expresión con las vertidas al respecto en la Alemania nazi, en la Italia fascista, en el Estado Novo de Getulio Vargas y en la España franquista, que eran muy similares; todo lo contrario a lo que se especificaba en la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 o a lo que propugnó en su momento Domingo F. Sarmiento, lo cual era destacado como una antítesis valedera (LV, 26/7/1943). De allí que no extrañó que el periódico socialista recordase a sus lectores el texto y el significado del artículo 18 de la Constitución Nacional, que representaba, a su juicio, «el más sólido amparo de la vida del individuo» (LV, 8/9/1943). Cabe acotar en este punto que *La Vanguardia* reflejaba cabalmente la idea del socialismo como un ejemplo ético y como portavoz de la razón pública que echaba raíces en una concepción esencialista y progresiva de la historia argentina que respondían a ciertos principios generales sobre aquella y sobre el progreso social en general (Burdman, 2008).

Lo cierto es que la prédica antifascista la hacía cada vez con más fuerza el periódico, tal como se verificó en un editorial publicado en vísperas de una visita del presidente Ramírez a la provincia de Tucumán, donde parecían resumirse las características que rápidamente estaba adquiriendo para los socialistas el gobierno de facto. Comenzaba diciendo que en la ciudadanía prevalecía un «sentimiento de inseguridad», que se traducía en un temor permanente a la autoridad:

[...] son los profesores ante la amenaza de cesantías; son los obreros inquietos si tras cada reunión no sobrevienen consecuencias; son los políticos que se preguntan sobre el final de la situación; son los argentinos inseguros de que los resortes de la justicia no funcionen para proteger la libertad y el honor (LV, 23/9/1943).

Continuaba mostrando la preocupación que a su entender existía por el «predominio de los nacionalistas de tinte rosista y autoritario» en la provincia donde se había declarado la Independencia, cuyas «formas totalitarias» eran rechazadas por el pueblo argentino:

En la provincia del Congreso histórico hay funcionarios que hablan de la Revolución de Mayo ¡como la obra de unos pocos afrancesados!; en la provincia acogedora de extranjeros ilustres –Amadeo Jacques, Paul Groussac, Pablo Mantegazza, Germán Burmeister– gobiernan predicadores de un nacionalismo hostil y estrecho (LV, 23/9/1943).

Como consecuencia de este duro editorial, *La Vanguardia* volvió a ser clausurada por las autoridades y no pudo publicarse entre el 24 de septiembre y el 7 de octubre. Lo concreto es que en este discurso cívico y democrático de *La Vanguardia* los términos fascismo, totalitarismo, nacionalismo, y aun rosismo, eran utilizados sin hacer mayores diferenciaciones, casi como sinónimos, tal vez porque desde la mirada socialista remitían todos ellos a una forma política claramente antidemocrática y antiliberal que percibían cada vez más en las acciones el gobierno militar. Contribuía a esta caracterización, en el marco de la antinomia democracia vs. fascismo, el posicionamiento internacional de aquel frente al conflicto mundial. La política neutralista, continuidad de la del gobierno conservador, además de acentuar el aislamiento de nuestro país en el concierto americano llevaba a su identificación con los que integraban el Eje, lo que resultaba más grave todavía. No tenía esperanzas *La Vanguardia* de que la administración de Ramírez pudiese cambiar esta situación, de allí que aseguraba que ello solo era posible con un gobierno constitucional, es decir en términos de «libertad y legalidad» (LV, 12/9/1943). Era tal la identificación del periódico con el bando aliado que cuando

fue destituido Benito Mussolini tituló en primera plana: «Día de júbilo para la libertad humana»; y explicó que la noticia del derrocamiento había causado una extraordinaria alegría «en todos los países libres del mundo», pues señalaba el inicio del «ocaso de los dictadores» (LV, 26/7/1943).

LA APARICIÓN DE PERÓN

La expectativa inicial que en las fuerzas políticas despertó el gobierno militar se había trocado en desconfianza y luego en franca oposición a partir de que las medidas autoritarias de aquel tiñeron totalmente la visión que aquellas tenían de la realidad cotidiana. Esto las llevó a no percibir en toda su magnitud la relación cada vez más estrecha que se venía gestando entre un sector del gobierno, el encabezado por el coronel Juan Perón, a cargo del área laboral, con las organizaciones gremiales existentes. Los socialistas, sin embargo, y seguramente debido a la influencia que ejercían en una parte del movimiento obrero, observaron que algo distinto estaba ocurriendo allí, cuyas consecuencias, desde su punto de vista, no iban en dirección favorable.

Muy tempranamente, *La Vanguardia* llamaba la atención sobre medidas de incidencia directa dispuestas por el gobierno que afectaban el normal funcionamiento de las organizaciones obreras, tal fue el caso de la intervención de dos de ellas protagonistas de la rica historia gremial argentina: la Unión Ferroviaria y La Fraternidad. El periódico señalaba que la medida había «sorprendido a la opinión obrera», para luego elogiar la trayectoria de ambos sindicatos, cuya labor gremial, mutual y cultural se había realizado a través del tiempo sin que se perdiera nunca su sentido de «independencia y libertad» (LV, 27/8/1943). La designación como interventor en ambas entidades del teniente coronel Domingo Mercante, hijo de un obrero ferroviario y, por entonces, estrecho colaborador de Perón, implicaba el inicio de un vínculo que se consolidaría en los meses siguientes entre los ferroviarios y el gobierno militar, más precisamente con el sector liderado por el ascendente coronel (Gasparri, 2005). Cierta prevención mostraba *La Vanguardia* ante este acercamiento concreto que en un comienzo no condenó, tal vez por observar de primera mano que se trataba menos de una imposición forzosa de las autoridades militares que de interés y de beneficio recíproco entre estas y los trabajadores.

El 27 de noviembre de 1943 el gobierno creó la Secretaría de Trabajo y Previsión en reemplazo del antiguo Departamento Nacional del Trabajo. En los considerandos del decreto correspondiente se fijaban sus funciones, que en síntesis comprendían: 1. la intervención del Estado en las relaciones laborales con el fin de lograr la armonía entre capital y trabajo; 2. la búsqueda de «una mayor justicia social y distributiva» y 3. el control de la aplicación de la legislación laboral vigente (Ciria, 1975). Frente a esta creación, *La Vanguardia* pareció abrigar esperanzas. Luego de señalar que la misma «no constituye una sorpresa», pues el propio Perón lo había adelantado a un periodista chileno en un reportaje reciente, expresaba:

[...] la idea de crear un ministerio de Trabajo recorre mucho camino entre nosotros; a medida que se va comprendiendo la importancia creciente de los problemas sociales y la fuerza del trabajo organizado, se comprende también que el Estado debe ir especializando la función reguladora que le corresponde en esta esfera colectiva de la vida. El ciclo histórico queda ahora más completo: primero la preocupación por la ganadería, después por la agricultura, más tarde por el comercio y la industria, ahora por el trabajo (LV, 1/12/1943).

Días después volvía a referirse al tema en la misma dirección, aunque destacaba el papel que le cupo históricamente al socialismo en defensa de los derechos de los trabajadores. A partir de los contenidos del discurso de asunción de Perón como Secretario de Trabajo y Previsión, reconocía en el mismo

[...] un aliento social, de simpatía y solidaridad humanas que no puede sino inspirar expresiones agradables. Nos resulta muy grato escuchar palabras justificadoras de los reclamos de justicia social por la que la clase obrera y el Partido Socialista vienen bregando desde hace más de medio siglo (LV, 5/12/1943).

Más adelante, y con un dejo de indisimulada ironía, se congratulaba de que hubiese funcionarios que acometieran la tarea de defensa de los intereses obreros con «la sana disposición de creer que inauguran un nuevo período en el curso de las cosas». A esto agregaba:

La era de la política social se inició en la Argentina con la aparición de las primeras organizaciones obreras, el estallido de las primeras huelgas, la fundación del Partido Socialista, la aparición de *La Vanguardia* y la obra de los legisladores socialistas (LV, 5/12/1943).

Y enumeraba cuarenta leyes auspiciadas por estos últimos, desde la ley de descanso dominical de 1905 hasta la más reciente de jubilación de periodistas.⁹

Más allá de la subestimación del discurso de Perón y de los reiterados autoelogios, los redactores de *La Vanguardia* seguramente se sentían incómodos ante el hecho inédito de que un gobierno de facto se preocupara por la situación socioeconómica de los trabajadores y por sus justas reivindicaciones en materia legal. Y porque esto no parecía agotarse en las meras declamaciones. De allí que los socialistas comenzaron, y luego persistieron, en una crítica que apuntaba a desenmascarar los discursos y las acciones de la Secretaría de Trabajo, que a su entender tergiversaban la verdadera defensa de los intereses de los trabajadores. Desde las antípodas de la mirada sindicalista que pregonaba Perón, sostenían: «El sindicalismo se aparta fundamentalmente del socialismo, como que esta corriente importa una concepción política general y el sindicalismo hace centro absoluto en el sindicato» (LV, 28/11/1943). En el pasado, el peligro estaba centrado en el sindicalismo revolucionario postulado por Georges Sorel, pero en la actualidad las acechanzas provenían del corporativismo fascista, pues en tanto aquel «exaltaba la función exclusiva del sindicato y repudiaba la política, el sindicalismo estatal y el corporativismo tienen al sindicato para atar a los obreros en una corporación estrecha» (LV, 28/11/1943). Nada había en común entre el sindicato obrero y la corporación; es más, el sindicato «se ha levantado a pesar y contra la oposición de las corporaciones», entendidas como «organismos cerrados, categorizados y jerarquizados según las funciones de sus componentes». Todo lo contrario del sindicato obrero, que practica «la más amplia democracia» (LV, 3/12/1943).

Se sumaba a esta argumentación la tan mentada «demagogia», que venía de lejos, pero que el gobierno, al parecer, no deseaba combatir sino todo lo contrario:

La demagogia que hemos conocido los argentinos apeló a los procedimientos de universal eficacia: aumentos de sueldos a estos o aquellos gremios, dominación y corrupción de los partidos oficialistas, penetración del movimiento obrero a fin de mantenerlo apolítico frente a los partidos y hacerlo servir a la política oficial, halago de todos los sectores populares, cultivo de la palmadita, de la promesa, del don de simpatía y de la actitud servicial (LV, 10/12/1943).

En otros términos, la «política criolla», tan denostada desde siempre por *La Vanguardia*, también en el ámbito gremial. Lo expresado llevaba a los socialistas a plantear con firmeza que la intervención estatal en las relaciones obrero-patronales era válida siempre y cuando se practicara en un marco de libertad y de democracia, pues en caso contrario conllevaría la pérdida de la autonomía del sindicato y se caería en un Estado que asume «el papel de conductor de las fuerzas sociales y económicas» y en «totalizador de las actividades»; es decir, en un Estado corporativo y fascista (LV, 1 y 5/12/1943). La justicia social, entonces, solo podía materializarse dentro de las leyes amparadas por la Constitución Nacional. Para sumar argumentos a esta convicción, *La Vanguardia* publicó una serie de artículos firmados por reconocidos dirigentes gremiales de la época como Camilo Almarza, José Marotta, Ramón Seijas, Roberto Testa y Alfredo Fidanza, todos los cuales abogaban por la necesidad de mantener la autonomía sindical como base del accionar obrero y por la aspiración a lograr la unidad del gremialismo nacional (LV, 17, 18, 21, 22 y 24/12/1943).

A MODO DE CONCLUSIÓN

El periódico *La Vanguardia* tenía tras de sí, a comienzos de 1943, una larga trayectoria de casi medio siglo de prédica cívica y de defensa de los intereses de los trabajadores a quienes debía guiar, según entendía, por la senda de la democracia y de la necesidad de cambio de una estructura socioeconómica injusta. De allí que fue un contradictor permanente del régimen conservador iniciado en la década anterior y, dentro de él, del gobierno de Ramón Castillo, cuyas prácticas corruptas y fraudulentas habían llegado a un límite intolerable, a lo que debía agregarse la neutralidad del país frente al conflicto mundial, algo que desde el antifascismo militante al periódico le parecía inadmisibles.

Es por ello que frente a la renovación presidencial los socialistas plantearon como necesidad impostergable una unión de fuerzas democráticas, indispensable para revertir la continuidad conservadora –que ocurriría fraude mediante–, y el cambio de la posición neutralista por otra junto con los aliados. El Golpe de Estado juniano vino a interrumpir este proceso unionista que se plasmó casi tres años después, aunque en otro escenario y con el peor resultado.

La llegada de las Fuerzas Armadas al poder despertó una expectativa inicial favorable en los socialistas, que abrigan esperanzas de que el nuevo gobierno encarase una tarea de depuración del sistema político heredado, que abandonase la neutralidad y que permitiese, luego, el retorno al imperio de la Constitución. No contemplaban, seguramente, que el autoritarismo de los militares y el transcurrir de diversos acontecimientos marcarían el rumbo del gobierno, por lo que esa mirada inicial mutó en oposición lisa y llana. *La Vanguardia* sería, en ese contexto y mucho más que en otras épocas, la voz consecuente y amplificadora de los socialistas, que advertía sobre prácticas antidemocráticas y caracterizaba al gobierno militar de la misma manera que lo hacía con los países del Eje. En otros términos, planteaba que en la dirección en la que actuaban los militares estaban construyendo, mas temprano que tarde, un régimen fascista. Se observa, de este modo que, en el segundo semestre de 1943, *La Vanguardia* avanzó en una caracterización del gobierno que se acentuaría con creces en los años siguientes,¹⁰ y en la que era evidente no solo su lenguaje de barricada sino, también, la calificación de fascista del emergente más claro y con más poder del gobierno, el coronel Juan Domingo Perón. Varios fueron los términos expuestos por el periódico para referirse al mencionado y al gobierno militar –fascista, totalitario, corporativo– sin mayores explicitaciones y casi como sinónimos, aunque remitiendo sin equívocos a una matriz autoritaria.

En ese sentido, se verifica tempranamente el pasaje sin escalas de los socialistas del antifascismo al antiperonismo militante (Nállim, 2014). Puede afirmarse, además, que en el fragor de la lucha política, los seguidores del partido creado por Juan B. Justo no lograron comprender el fenómeno que luego sería el peronismo –es verdad, también, que no fueron los únicos–, en parte debido a que miraron la política nacional con el esquemático prisma internacional democracia vs. fascismo, con una apelación antifascista que no pareció tener la misma efectividad que en años anteriores. El socialismo y su periódico siempre se situaron en una posición de superioridad moral y su mensaje, en el campo gremial, se mostró cada vez menos influyente, seguramente, por la subestimación respecto de aquellos a los que siempre dijo defender: los trabajadores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BISSO, Andrés (2005a). *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo.

BISSO, Andrés (2005b). «Los socialistas argentinos y la apelación antifascista durante el “fraude tardío” (1938-1943)». En Camarero, Hernán; Herrera, Carlos (eds.). *El Partido Socialista en Argentina* (pp. 321-341). Buenos Aires: Prometeo.

BURDMAN, Javier (2008). «Ghioldi y La Vanguardia ante el surgimiento del peronismo. La disputa por los trabajadores y la justicia social desde un enfoque ideológico discursivo». *Actas del Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la Primera Década*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.

CIRIA, Alberto (1975). *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

DÍAZ ARAUJO, Enrique (1971). *La conspiración del '43. El GOU, una experiencia militarista en la Argentina*. Buenos Aires: La Bastilla.

GARCÍA SEBASTIANI, Marcela (2005). *Los antiperonistas en la Argentina peronista*. Buenos Aires: Prometeo.

GASPARRI, Mario (2005). «Mercante y los ferroviarios. Una relación trascendente y necesaria para la consolidación de la gestión de Perón al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión». En Panella, Claudio (comp.). *El gobierno de Domingo A. Mercante en Buenos Aires (1946-1955). Un caso de peronismo provincial* (pp. 15-39). La Plata: Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires/Archivo Histórico «Dr. Ricardo Levene».

GHIOLDI, Américo (1945). *Palabras a la nación a través de los editoriales de «La Vanguardia»*. Buenos Aires: La Vanguardia.

GRACIANO, Osvaldo (2008). *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

HERRERA, Carlos (2005). «¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)». En Camarero, Hernán; Herrera, Carlos (eds.). *El Partido Socialista en Argentina* (pp. 343-366). Buenos Aires: Prometeo.

NÁLLIM, Jorge (2014). *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

ORONÁ, Juan (1966). *La logia militar que derrocó a Castillo*. Buenos Aires: Edición del autor.

PERSELLO, Ana (2004). *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*. Buenos Aires: Siglo XXI.

POTASH, Robert (1984). *Perón y el GOU. Los documentos de una logia secreta*. Buenos Aires: Sudamericana.

REINOSO, Roberto (comp.) (1985). *La Vanguardia: selección de textos (1894-1955)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

ROCCA, Carlos (1994). *Centenario de La Vanguardia. La historia heroica de una pasión argentina*. La Plata: UPAK.

SOLARI, Juan (1974). *La Vanguardia. Su trayectoria histórica. Hombres y luchas*. Buenos Aires: Afirmación.

ZANATTA, Loris (1999). *Perón y el mito de la nación católica*. Buenos Aires: Sudamericana.

NOTAS

1 Se han consultado como fuente principal –aunque no única– los editoriales publicados en el periódico que, si bien no llevaban firma, fueron redactados, en su mayoría, por Américo Ghioldi, por entonces director de la publicación. Ghioldi reunió posteriormente los editoriales de su autoría, elaborados a partir del Golpe de 1943, en un libro publicado en 1945.

2 Puede profundizarse el perfil de Ghioldi en Herrera (2005).

3 Estas declaraciones le costaron la clausura por un día, el 6 de mayo.

4 Al respecto puede leerse, entre otros, a Díaz Araujo (1971), Oroná (1966) y Potash (1984).

5 Esta organización se fundó a mediados de 1940 y fue disuelta por el gobierno militar en 1943 (Bisso, 2005a).

6 Sobre la relación entre el gobierno militar y la Iglesia Católica, véase Zanatta (1999).

7 El periódico también fue privado de publicar edictos judiciales, lo que afectó sus ingresos y por lo cual inició una nueva campaña para lograr mil nuevos suscriptores.

8 Sobre la gestión de Palacios al frente de la universidad platense, consúltese Graciano (2008).

9 Días previos, el diario también había visto con buenos ojos la propuesta de creación de Tribunales de Trabajo, los que igualmente poseían antecedentes en iniciativas del socialismo (LV, 12/11/1943).

10 Entre el 7 de enero y el 6 de abril de 1944 el periódico decidió no aparecer como forma de llamar la atención a la opinión pública en protesta por un decreto del gobierno que limitaba la libertad de expresión, luego de haber dispuesto la disolución de los partidos políticos y el establecimiento de la enseñanza religiosa en las escuelas. Apenas dos semanas después fue clausurado para reaparecer en enero de 1945, ya no como diario sino como semanario.